



Gálatas (Estudio Bíblico)

Un estudio devocional sobre el evangelio de la gracia, la libertad en Cristo, la fe que justifica y la vida guiada por el Espíritu

Autor: [GodMakes.com](https://godmakes.com)

Un recorrido por la Epístola de Pablo a los Gálatas, contemplando la defensa del evangelio verdadero, la suficiencia de la gracia de Cristo, la justificación por la fe, la promesa hecha a Abraham, la libertad de los hijos de Dios, el fruto del Espíritu y el llamado a vivir no según la carne, sino según la nueva creación en Cristo.

Publicación: 06/may/2026

Introducción

Este libro fue preparado como un apoyo devocional para acompañar la lectura de la Epístola de Pablo a los Gálatas. La propuesta es sencilla: primero el lector encuentra el texto bíblico; después viene a este material para profundizar esa lectura con claves de comprensión, contexto, conexiones bíblicas y aplicación espiritual.

Por eso, este libro no fue organizado como una reescritura de la carta ni como una nueva versión de Gálatas. Tampoco pretende ocupar el lugar de la Biblia. Funciona como una guía devocional de lectura: un acompañamiento para quien ya leyó el capítulo y desea percibir con más claridad la grandeza de la gracia, la centralidad de Cristo, la libertad del evangelio y la vida que nace del Espíritu.

Gálatas es una carta urgente. Pablo escribe a iglesias que habían recibido el evangelio, pero estaban siendo perturbadas por voces que intentaban añadir exigencias religiosas a la obra de Cristo. El problema no era solo una diferencia de costumbres. Estaba en juego la verdad misma del evangelio. Si la salvación pasara a depender de señales externas, méritos humanos u observancia de la ley como fundamento de la aceptación delante de Dios, la cruz dejaría de ser suficiente.

Desde el inicio, Pablo deja claro que el evangelio que anunció no vino de los hombres, ni fue moldeado por la aprobación humana. Fue recibido por revelación de Jesucristo. Esta afirmación no es una defensa de orgullo personal, sino una defensa del origen del mensaje. La fe cristiana no se apoya en la creatividad religiosa, en la tradición como fin en sí misma ni en la presión de grupos influyentes. Se apoya en Cristo, en su sacrificio, en su resurrección y en la gracia de Dios.

La carta también muestra que la gracia debe ser preservada con valentía. Pablo confronta cualquier intento de transformar la libertad cristiana en esclavitud religiosa. Recuerda que nadie es justificado por las obras de la ley, sino por la fe en Jesucristo. Esta verdad atraviesa toda la carta: el ser humano no llega a ser justo delante de Dios por desempeño, apariencia, etnia, tradición o esfuerzo moral. La justificación es un don de la gracia, recibido por la fe.

Al mismo tiempo, Gálatas no presenta la libertad como permiso para vivir de cualquier manera. La libertad en Cristo no es independencia de Dios; es liberación

de la condenación, de la esclavitud del pecado y del intento de conquistar aceptación por mérito propio. Quien ha sido alcanzado por la gracia es llamado a vivir por el Espíritu. La fe que justifica también conduce a una vida transformada.

Por eso, uno de los puntos más conocidos de la carta es el contraste entre las obras de la carne y el fruto del Espíritu. Pablo muestra que la vida cristiana no puede reducirse a rituales externos o apariencia religiosa. La verdadera señal de la presencia de Dios aparece en el amor, el gozo, la paz, la paciencia, la benignidad, la bondad, la fidelidad, la mansedumbre y el dominio propio. La vida nueva no nace de la fuerza de la carne, sino de la acción del Espíritu en quienes pertenecen a Cristo.

Gálatas también nos lleva de vuelta a Abraham y a la promesa. Pablo muestra que la bendición de Dios siempre apuntó a algo mayor que un sistema religioso cerrado. La promesa alcanza a las naciones en Cristo. Por la fe, somos hijos de Dios, revestidos de Cristo y herederos según la promesa. La identidad del pueblo de Dios encuentra su cumplimiento en Jesús, no en marcas externas que dividen o excluyen.

En los capítulos finales, la doctrina se vuelve práctica. Pablo habla de servicio, amor, cuidado mutuo, mansedumbre, perseverancia y responsabilidad. Enseña que la verdadera libertad se expresa en amor, y no en egoísmo. Quien anda por el Espíritu no usa la gracia para alimentar la carne, sino para servir, restaurar, sembrar el bien y llevar las cargas los unos de los otros.

Nuestro deseo es que este contenido te ayude a leer Gálatas con más atención, más profundidad y más reverencia. Que, después de pasar por el texto bíblico, puedas volver a él con nuevos ojos, percibiendo que el evangelio de la gracia no es frágil, secundario ni negociable. Es el corazón de la fe cristiana.

Que esta lectura sirva como ayuda, nunca como sustitución; como compañía, nunca como competencia de la Biblia. Y que, al meditar en la Epístola a los Gálatas, seas conducido a contemplar a Jesucristo como el Hijo de Dios que se entregó por nosotros, aquel que nos libera de la esclavitud, nos justifica por la fe, nos hace hijos del Padre y nos llama a vivir por la fuerza del Espíritu, como nueva creación para la gloria de Dios.

Índice

Gálatas 1: El evangelio de la gracia que no viene de los hombres	5
Gálatas 2: La gracia que no se inclina ante la apariencia humana	11
Gálatas 3: El justo vivirá por la fe	18
Gálatas 4: Hijos de la promesa, libres en Cristo	25
Gálatas 5: La libertad que sirve en amor y camina por el Espíritu	31
Gálatas 6: La ley de Cristo, la siembra del Espíritu y la gloria de la cruz	38

Gálatas 1: El evangelio de la gracia que no viene de los hombres

Texto base: Gálatas 1 **Tema central:** Pablo defiende el evangelio verdadero, recibido por revelación de Jesucristo, y advierte a la iglesia contra cualquier mensaje que distorsione la gracia de Dios. **Verdad principal:** El evangelio de Cristo no nace de la aprobación humana, sino de la gracia de Dios; por eso, quien ha sido alcanzado por Jesús debe permanecer firme en la verdad y permitir que el Hijo sea revelado en su vida.



1. Una carta que comienza defendiendo la verdad

Gálatas comienza con un tono fuerte, directo y urgente. Pablo no escribe solamente para saludar a una iglesia distante. Escribe como alguien que ve a personas amadas siendo atraídas lejos de la sencillez y la pureza del evangelio. La carta nace de una preocupación pastoral: aquellos que habían sido llamados por la gracia de Cristo estaban siendo perturbados por enseñanzas que sonaban espirituales, pero distorsionaban el mensaje central de la salvación.

Desde el comienzo, Pablo se presenta como apóstol, no de parte de hombres ni por medio de hombre alguno, sino por Jesucristo y por Dios Padre, que resucitó a Jesús de entre los muertos. Esta presentación no es vanidad. Pablo está afirmando

el origen del mensaje que recibió. El evangelio que predicaba no era opinión personal, tradición humana ni construcción religiosa. Era revelación de Cristo.

Por eso, Gálatas 1 nos coloca delante de una pregunta esencial: ¿de dónde viene nuestra fe? ¿Está afirmada en la Palabra de Dios, o depende de la aprobación de personas, costumbres, presiones religiosas y expectativas humanas? Pablo comienza la carta mostrando que la verdad que salva debe permanecer por encima de toda adaptación que robe la centralidad de Cristo.

2. Gracia y paz en un mundo perverso

El saludo de Pablo está lleno de evangelio. Él desea gracia y paz de parte de Dios Padre y del Señor Jesucristo, quien se entregó por nuestros pecados para librarnos de este mundo perverso, conforme a la voluntad de Dios. En pocas palabras, Pablo resume la obra de Cristo: Jesús se entregó, trató con el pecado, nos rescató y cumplió la voluntad del Padre.

La gracia no es solamente una palabra hermosa al comienzo de una carta. Es el fundamento de toda la vida cristiana. No nos acercamos a Dios porque lo merecemos, porque cumplimos perfectamente la ley o porque logramos producir suficiente justicia. Nos acercamos porque Cristo se entregó por nosotros.

Esta verdad también revela que la salvación no es solo una promesa para después de la muerte. Cristo nos libra de este mundo perverso, de un sistema que intenta moldear nuestra mente, nuestros deseos, nuestra identidad y nuestras prioridades sin Dios. El evangelio nos arranca de la esclavitud y nos llama a una vida nueva, guiada por la gracia, la fe y la presencia del Espíritu Santo.

3. El peligro de otro evangelio

Pablo se sorprende de que los gálatas se estén alejando tan pronto de Aquel que los llamó por la gracia de Cristo para seguir un evangelio diferente. Pero enseguida corrige la idea: en realidad, no existe otro evangelio. Lo que existe son personas que perturban a la iglesia e intentan pervertir el evangelio de Cristo.

Esta advertencia sigue siendo necesaria. No todo mensaje que usa el nombre de Dios preserva el evangelio. No todo lenguaje religioso conduce a la gracia. Hay mensajes que añaden cargas que Cristo no puso, disminuyen la suficiencia de la

cruz, cambian la fe por mérito humano, sustituyen la relación con Dios por desempeño religioso, o colocan otra cosa en el centro en lugar de Jesús.

Pablo es tan serio que dice que, aun si él mismo o un ángel del cielo predicara un evangelio diferente del que ya fue anunciado, ese mensaje debería ser rechazado. La palabra anatema apunta a algo maldito, condenado, separado de la verdad de Dios. El evangelio no puede ser negociado, diluido ni adaptado para agradar al oído humano. Cristo es el centro. La gracia es el camino. La fe es la respuesta. La cruz es suficiente.

4. La fe necesita ser fortalecida en la Palabra

La situación de los gálatas muestra cómo alguien puede comenzar bien y, aun así, ser influenciado por voces que desvían el corazón. Muchos de esos hermanos vivían en un ambiente lleno de referencias religiosas y culturales diferentes. Algunos venían de contextos paganos, otros eran influenciados por tradiciones judías, y muchos todavía estaban aprendiendo a discernir lo que significaba seguir a Jesús.

Esto sigue ocurriendo hoy. Una persona puede creer en Cristo, recibir con alegría la Palabra y, al mismo tiempo, cargar hábitos, miedos, ideas antiguas e influencias que necesitan ser tratadas por el Espíritu Santo. La conversión es real, pero el camino incluye crecimiento, renovación de la mente y perseverancia.

Por eso, la fe necesita ser alimentada. No basta oír la Palabra una vez y seguir sin cuidado. Necesitamos permanecer cerca de Dios, estudiar las Escrituras, orar, discernir las enseñanzas que recibimos y caminar con hermanos que nos ayudan a permanecer firmes. La Palabra es alimento para el alma. Sin ella, la fe se debilita; con ella, el corazón recibe dirección, corrección y fuerza.

5. Siervos de Cristo, no esclavos de la aprobación humana

Pablo pregunta si ahora busca el favor de los hombres o el favor de Dios. Si todavía agradara a los hombres, no sería siervo de Cristo. Esta frase confronta profundamente el corazón. Hay muchas formas de distorsionar el evangelio, y una de ellas es adaptar la verdad para ser aceptado, elogiado o aprobado.

El siervo de Cristo no es llamado a ser rudo, arrogante ni insensible. La verdad debe ser dicha con amor. Pero amar no significa esconder lo que Dios reveló. El

evangelio no puede ser reducido a un mensaje agradable que evita confrontación, arrepentimiento, santidad y cruz.

Al mismo tiempo, esta palabra también nos libera de la prisión de la apariencia. No siempre lo que las personas ven es lo que Dios ve. Podemos parecer espirituales delante de otros y, aun así, estar distantes en secreto. O podemos ser simples, discretos y frágiles ante los ojos humanos, pero sinceros delante de Dios. Lo que importa es buscar intimidad real con el Señor, incluso cuando nadie está mirando.

6. Un evangelio recibido por revelación de Jesucristo

Pablo afirma que el evangelio anunciado por él no era según el hombre. No lo recibió ni lo aprendió de hombre alguno, sino mediante revelación de Jesucristo. Esto no desprecia la enseñanza, la comunión o el discipulado. Significa que el origen y la autoridad del evangelio no dependen de la creación humana.

La historia de Pablo hace esta afirmación aún más fuerte. Él no era alguien naturalmente inclinado a seguir a Jesús. Al contrario, perseguía a la Iglesia de Dios e intentaba destruirla. Era extremadamente celoso de las tradiciones de sus padres. Tenía convicción, disciplina, religiosidad y celo, pero todavía no había visto a Cristo.

Este punto es muy importante. Es posible ser religioso y todavía no comprender la gracia. Es posible defender tradiciones y todavía resistir al Hijo de Dios. Es posible tener celo y estar en el camino equivocado. Pablo no necesitaba solamente más información; necesitaba revelación, encuentro y transformación.

7. Cuando Dios revela a su Hijo en nosotros

Uno de los puntos más profundos del capítulo está en la declaración de Pablo de que Dios se agradó en revelar a su Hijo en él. No es solamente revelar a Cristo a Pablo, como información recibida desde fuera; es revelar a Cristo en Pablo, como vida transformada desde dentro.

Esto muestra el objetivo de la gracia. Dios no quiere solamente que sepamos cosas correctas sobre Jesús. Quiere que Cristo sea visto en nosotros. La fe verdadera no queda escondida en conceptos. Comienza a aparecer en el carácter,

en las decisiones, en las palabras, en la humildad, en el amor, en la valentía y en la forma en que tratamos a las personas.

Pablo, que antes perseguía, pasó a anunciar la fe que intentaba destruir. La transformación fue tan evidente que las iglesias glorificaban a Dios por causa de él. Esta es una marca poderosa del evangelio: cuando Jesús encuentra a una persona, no solo perdona su pasado; transforma su presente y le da una misión.

8. Llamados por la gracia para una misión

Pablo reconoce que Dios lo apartó antes de nacer y lo llamó por su gracia. Esto revela propósito. La vida de Pablo no comenzó a tener sentido solamente cuando él entendió todo. Dios ya estaba conduciendo su historia, incluso antes de que Pablo lo percibiera.

El llamado de Pablo era anunciar a Cristo entre los gentiles. No recibió esa misión para exaltarse a sí mismo, sino para llevar a otros el mensaje de la salvación. De la misma forma, quien ha sido alcanzado por la gracia no recibe solamente perdón; también recibe dirección. La gracia nos rescata y nos envía.

No todos tendrán el mismo ministerio de Pablo, pero todos los discípulos son llamados a testificar. A veces, ese testimonio ocurre por medio de palabras. Otras veces, por servicio, oración, fidelidad, perdón, paciencia y amor. Lo importante es que Cristo sea revelado en nosotros, para que otros glorifiquen a Dios.

9. La verdad que transforma todavía hoy

Gálatas 1 no es solamente una defensa antigua de Pablo. Es una palabra viva para la iglesia de hoy. El mismo peligro continúa presente: abandonar la gracia, mezclar el evangelio con méritos humanos, buscar la aprobación de las personas, distorsionar la Palabra, o permitir que tradiciones y hábitos religiosos tomen el lugar de Cristo.

Pero la misma esperanza también permanece. Jesús sigue transformando vidas. Sigue abriendo ojos, libertando corazones, restaurando personas, reavivando la fe y revelando el amor del Padre. Quienes no vieron a Jesús caminar físicamente en la tierra siguen siendo llamados bienaventurados cuando creen. El Espíritu Santo continúa conduciendo a los hijos de Dios a la verdad.

Por eso, Gálatas 1 nos llama a permanecer en el evangelio recibido: Cristo se entregó por nuestros pecados, resucitó, nos llamó por gracia y desea ser revelado en nosotros. No hay otro evangelio mejor, más profundo o más poderoso. Solo hay Cristo, suficiente para salvar, transformar y enviar.

Lo que Gálatas 1 revela sobre Dios

Gálatas 1 revela que Dios es el autor de la gracia. Él envió a su Hijo para librarnos del pecado y de este mundo perverso, llamó a pecadores hacia Sí y transforma incluso a perseguidores en testigos del evangelio. Dios no depende de la aprobación humana para revelar su verdad.

Lo que Gálatas 1 enseña para hoy

Gálatas 1 enseña que necesitamos guardar el evangelio con seriedad. Debemos rechazar mensajes que disminuyen a Cristo, añaden exigencias humanas a la gracia o distorsionan la Palabra. También enseña que la vida cristiana debe buscar agradar a Dios, no solo a las personas, y que Jesús necesita ser revelado en nuestra forma de vivir.

Preguntas para reflexión

¿He permanecido firme en el evangelio de la gracia o he permitido que otras voces confundan mi fe?

¿Busco más la aprobación de Dios o la aprobación de las personas?

¿Cristo ha sido solo una verdad que conozco o una vida revelada en mí?

¿De qué forma mi transformación puede llevar a otras personas a glorificar a Dios?

Frase de cierre del capítulo

El evangelio verdadero no nace de los hombres ni se somete a los hombres; viene de Cristo, transforma el corazón y hace que toda la vida glorifique a Dios.

Mira: <https://godmakes.com/s/book-a25140a8-es>

Gálatas 2: La gracia que no se inclina ante la apariencia humana

Texto base: Gálatas 2 **Tema central:** Pablo muestra que el evangelio de la gracia fue confirmado por la comunión de los apóstoles, defendido contra imposiciones religiosas y aplicado incluso en la confrontación con Pedro en Antioquía. **Verdad principal:** Nadie es justificado delante de Dios por apariencia, tradición u obras de la ley, sino por la fe en Jesucristo; por eso, vivir por la gracia es morir a la autosuficiencia y dejar que Cristo viva en nosotros.



1. La verdad del evangelio debe ser preservada

Gálatas 2 continúa la defensa de Pablo, pero ahora el asunto se vuelve muy práctico. Después de años predicando entre los gentiles, Pablo sube otra vez a Jerusalén con Bernabé y lleva también a Tito. La presencia de Tito es muy significativa, porque él era griego y no estaba circuncidado. De alguna manera, él se convierte en un ejemplo vivo de la pregunta que dividía a muchos cristianos de aquel tiempo: ¿la salvación en Cristo dependía también de someterse a las señales externas de la ley judía?

Pablo es claro. Ni siquiera Tito fue obligado a circuncidarse. Esto no era un detalle cultural menor. La pureza del evangelio estaba en juego. Si Tito necesitaba recibir

una marca externa para ser aceptado como hermano, entonces la cruz de Cristo dejaría de ser suficiente. La gracia se transformaría en un sistema de exigencias humanas.

La preocupación de Pablo no era ganar una discusión. Él quería preservar la verdad del evangelio. La fe cristiana no puede sostenerse con añadidos que parecen piadosos, pero terminan quitando a Cristo del centro. Cuando la salvación empieza a depender del desempeño religioso, el corazón deja de descansar en la obra perfecta de Jesús y vuelve a cargar un peso que Él ya llevó.

2. Tito y la libertad que Cristo conquistó

La figura de Tito nos enseña mucho. Él no aparece como alguien inferior, incompleto o menos espiritual por ser gentil. Está con Pablo, participa de la misión y es reconocido como hermano en Cristo. Su identidad no se define por origen, etnia, tradición o señal externa, sino por la fe en el Señor.

Esa libertad necesitaba ser defendida porque falsos hermanos intentaban introducir otra vez la esclavitud. Querían observar, presionar y controlar. Es impresionante cómo la religiosidad sin gracia muchas veces transforma la comunión en vigilancia y la fe en acusación. Pero el evangelio libera el corazón para servir a Dios por amor, no por miedo al rechazo.

Esto no significa vivir sin santidad. La libertad cristiana no es permiso para pecar. La santidad verdadera nace de una vida alcanzada por Cristo, no de un intento de demostrar valor delante de Dios. Quien fue aceptado en el Amado no necesita fabricar una apariencia religiosa para ser amado. Obedece porque fue amado primero.

3. Dios no se impresiona con la apariencia humana

Pablo menciona a los que parecían ser importantes y afirma que Dios no hace acepción de personas. Esta frase confronta una tendencia antigua y actual. Muchas veces evaluamos a las personas por posición, reputación, influencia, historia, tradición o visibilidad. Dios ve el corazón.

Pablo no desprecia a Santiago, Pedro y Juan. Al contrario, reconoce que eran columnas y que le dieron la diestra de comunión. Pero también deja claro que la

autoridad del evangelio no depende del brillo humano. Incluso los líderes más respetados deben permanecer sometidos a la verdad de Cristo.

Esto es liberador. La iglesia no es sostenida por la grandeza de los hombres, sino por la fidelidad de Dios. El Señor puede usar personas sencillas, discretas, nuevas en la fe o venidas de contextos inesperados. Él no mide como nosotros medimos. Donde hay fe verdadera, arrepentimiento, gracia y vida en Cristo, hay obra de Dios.

4. Un solo evangelio para judíos y gentiles

Cuando los líderes de Jerusalén percibieron la gracia dada a Pablo, reconocieron que él había sido enviado a los gentiles, así como Pedro había sido enviado de modo especial a los judíos. Había diferencia de campo misionero, pero no diferencia de evangelio. El mismo Cristo salvaba a judíos y gentiles. La misma gracia alcanzaba a circuncisos e incircuncisos. La misma fe abría la puerta de la comunión.

Esto muestra la belleza de la unidad cristiana. Dios llama a personas diferentes, con historias, culturas y misiones diferentes, pero no crea dos evangelios. Cristo no está dividido. La cruz no tiene una versión para un grupo y otra versión para otro.

La única recomendación práctica destacada fue que se acordaran de los pobres. Esto revela que el evangelio de la gracia no produce una fe fría, teórica y distante de la necesidad humana. Quien entendió la gracia de Dios también se preocupa por los frágiles, los necesitados y los olvidados. La fe que descansa en Cristo se expresa en misericordia.

5. Pedro en Antioquía y el peligro de la incoherencia

La segunda parte del capítulo presenta una escena delicada. Pedro vino a Antioquía y, al principio, comía con los gentiles. Eso demostraba comunión. Pero cuando llegaron algunos del grupo de la circuncisión, Pedro empezó a apartarse por miedo. Su actitud influyó en otros judíos, y aun Bernabé fue arrastrado por la hipocresía.

Pablo confrontó a Pedro públicamente porque la conducta pública de Pedro amenazaba la verdad del evangelio. No se trataba de una diferencia personal. El

comportamiento de Pedro comunicaba que los gentiles eran hermanos mientras nadie observaba, pero se volvían indeseables cuando aparecía la presión religiosa. Este episodio es profundamente humano. Pedro amaba a Jesús, había sido usado poderosamente por Dios y ya había aprendido que Dios no hace acepción de personas. Aun así, en un momento de miedo, actuó de manera incoherente. Las grandes experiencias espirituales no nos vuelven inmunes a la presión del ambiente. Necesitamos vigilancia, humildad y disposición para ser corregidos por la verdad.

6. La valentía de corregir con amor

Pablo no confronta a Pedro para humillarlo, sino para proteger la verdad. Hay momentos en que el amor exige mansedumbre; hay momentos en que el amor exige firmeza. Cuando la conducta de un líder confunde a la iglesia y hiere la libertad de los hermanos, el silencio puede volverse complicidad.

La corrección cristiana debe nacer del celo por Cristo y del amor por las personas, no de la vanidad, la irritación o el deseo de sentirse superior. Pablo no intentaba demostrar que era mayor que Pedro. Estaba diciendo que nadie, ni siquiera Pedro, podía vivir de manera contraria al evangelio que predicaba.

Este principio sigue siendo esencial. Podemos decir que creemos en la gracia y, al mismo tiempo, tratar a las personas como si fueran aceptadas por Dios solo cuando encajan en nuestras costumbres. Podemos anunciar que la salvación es por la fe y crear barreras invisibles de apariencia, cultura, clase, tradición o desempeño religioso. El evangelio nos llama a la coherencia.

7. Justificados por la fe, no por obras de la ley

El centro teológico del capítulo aparece con fuerza: el ser humano no es justificado por obras de la ley, sino por la fe en Jesucristo. Pablo repite esta verdad de varias formas para que no haya duda. Por obras de la ley, nadie será justificado.

La ley revela la santidad de Dios y expone el pecado humano, pero no tiene poder para justificar al pecador. Si una persona dependiera de cumplir perfectamente la ley para ser aceptada por Dios, estaría perdida, porque la obediencia parcial no salva. El problema no es solo falta de esfuerzo. El corazón humano necesita redención.

Cristo hizo lo que nosotros no podíamos hacer. Vivió perfectamente delante del Padre, cumplió la justicia, tomó sobre sí la condenación del pecado y abrió el camino de la reconciliación. Por eso, la fe no es una excusa para descuidar a Dios; es la mano vacía que recibe lo que Cristo conquistó.

8. Morí a la ley para vivir para Dios

Pablo afirma que, por medio de la ley, murió a la ley, a fin de vivir para Dios. Esta frase muestra un cambio profundo de centro. Dejó de buscar vida, identidad y justicia en su capacidad de cumplir exigencias y pasó a vivir por la obra de Cristo.

Morir a la ley no significa despreciar la voluntad de Dios. Significa dejar de usar la ley como camino de justificación. La ley puede mostrar el pecado, orientar y revelar el carácter santo de Dios, pero no puede dar vida a un corazón muerto. Solo Cristo da vida.

Cuando alguien entiende esto, la obediencia cambia de lugar. Deja de ser un intento desesperado de comprar aceptación y se vuelve fruto de una vida alcanzada por la gracia. El cristiano no obedece para ser hijo; obedece porque fue hecho hijo en Cristo.

9. Crucificado con Cristo

Una de las declaraciones más conocidas de Pablo aparece aquí: he sido crucificado con Cristo; ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí. Esta no es solo una frase hermosa. Es una descripción de la vida cristiana.

Ser crucificado con Cristo significa que el viejo yo, centrado en mérito, control, orgullo y autosuficiencia, fue llevado a la cruz. La vida nueva no es apenas una versión mejorada de la vida vieja. Es Cristo viviendo en nosotros por el Espíritu. La fe cristiana no se limita a creer ideas correctas; implica una unión viva con Jesús.

Pablo completa diciendo que la vida que ahora vive en la carne, la vive por la fe en el Hijo de Dios, que lo amó y se entregó por él. La vida cristiana diaria se sostiene por esa fe. No vivimos por apariencia, miedo o comparación. Vivimos confiando en Aquel que nos amó antes de cualquier mérito y se entregó por nosotros.

10. No anular la gracia de Dios

El capítulo termina con una afirmación decisiva: Pablo no anula la gracia de Dios. Si la justicia viniera por la ley, entonces Cristo habría muerto en vano. Esta frase debe pesar sobre cualquier intento de añadir mérito humano como fundamento de la salvación.

No anulamos la gracia solo al negar a Jesús con palabras. También podemos anularla en la práctica cuando vivimos como si Dios nos aceptara únicamente en los días en que rendimos bien, cuando miramos a hermanos como menos dignos porque no cargan nuestras costumbres, o cuando ponemos reglas humanas en el lugar de la suficiencia de Cristo.

Gálatas 2 nos llama de vuelta al centro. Cristo murió porque la gracia era necesaria. Cristo resucitó porque la salvación es obra de Dios. Cristo vive en nosotros porque la vida nueva no es producida por esfuerzo religioso, sino por la fe en el Hijo de Dios.

Lo que Gálatas 2 revela sobre Dios

Gálatas 2 revela que Dios no acepta a las personas por apariencia, origen, tradición o desempeño religioso. Él justifica a pecadores por la fe en Jesucristo y reúne en una misma gracia a judíos y gentiles, fuertes y débiles, conocidos y desconocidos.

También revela que Dios protege la verdad del evangelio. La gracia no es un detalle frágil. Es el corazón de la salvación. Por eso, el Señor levanta corrección, comunión, enseñanza y discernimiento para impedir que la cruz sea disminuida por añadidos humanos.

Lo que Gálatas 2 enseña para hoy

Gálatas 2 enseña que la iglesia necesita vivir de manera coherente con el evangelio que anuncia. No basta decir que la salvación es por gracia si tratamos a las personas como si fueran aceptadas por Dios solo cuando cumplen nuestras expectativas culturales o religiosas.

También enseña que la vida cristiana no se sostiene por la apariencia, sino por la fe. El discípulo de Jesús es llamado a morir a la autosuficiencia, abandonar el intento de justificarse a sí mismo y vivir diariamente por la fe en el Hijo de Dios, que lo amó y se entregó por él.

Preguntas para reflexión

1. ¿He puesto alguna exigencia humana, cultural o religiosa como condición para aceptar a hermanos que Cristo ya recibió por gracia? 2. ¿Mi vida es coherente con el evangelio que digo creer? 3. ¿En qué áreas todavía intento justificarme por desempeño, apariencia o aprobación humana? 4. ¿Puedo decir con sinceridad que vivo por la fe en el Hijo de Dios, o todavía vivo intentando probar mi valor? 5. ¿Qué necesita morir en mí para que Cristo sea visto con más claridad?

Frase de cierre del capítulo

La gracia no nos llama a construir una apariencia espiritual, sino a morir con Cristo para que su vida sea revelada en nosotros.

Mira: <https://godmakes.com/s/book-2eca6afb-es>

Gálatas 3: El justo vivirá por la fe

Texto base: Gálatas 3 **Tema central:** Pablo contrasta las obras de la ley con la fe, usa a Abraham como ejemplo de la promesa y muestra que la ley sirvió como guardián hasta Cristo. **Verdad principal:** La promesa de Dios se recibe por la fe en Cristo, no por las obras de la ley; en Jesús somos hijos de Dios, herederos de la promesa y participantes del Espíritu.



1. Comenzar por el Espíritu y no volver a la carne

Gálatas 3 comienza con una pregunta dura de Pablo. Él llama a los gálatas a la razón porque habían comenzado por el Espíritu, pero estaban siendo tentados a perfeccionar la vida cristiana por la carne. El asunto no era solo doctrinal; era espiritual. Habían recibido a Cristo por la fe, experimentado la acción del Espíritu y visto a Dios obrar entre ellos, pero ahora estaban siendo atraídos hacia un sistema que ponía las obras de la ley como fundamento de la aceptación delante de Dios.

Pablo pregunta si recibieron el Espíritu por las obras de la ley o por el oír con fe. La respuesta es evidente: fue por la fe. Nadie recibe al Espíritu Santo como premio por desempeño religioso. El Espíritu es don de Dios, fruto de la obra de Cristo y señal de que la promesa llegó a los que creen.

Esta pregunta sigue siendo importante. Es posible comenzar confiando en la gracia y después intentar sostener el camino por esfuerzo propio, orgullo espiritual o comparación. La vida cristiana no madura cuando abandonamos la dependencia de Dios. Madura cuando permanecemos en el mismo principio por el cual fuimos salvos: fe en Cristo, dependencia del Espíritu y humildad delante de la Palabra.

2. Dios obra por la fe, no por mérito humano

Pablo menciona a Aquel que concede el Espíritu y obra milagros entre los creyentes. Pregunta si Dios hace esto por las obras de la ley o por el oír con fe. La respuesta conduce el corazón a la fuente correcta. Dios no actúa porque hayamos acumulado mérito suficiente. Actúa porque es misericordioso, fiel y poderoso.

Esto no disminuye la obediencia. Al contrario, coloca la obediencia en su lugar correcto. La obediencia cristiana es fruto de la fe, no moneda de cambio para comprar el favor de Dios. Cuando confundimos estas cosas, la relación con Dios se transforma en cálculo, miedo y ansiedad.

La fe no es pasividad. Nos lleva a caminar, obedecer, perdonar, amar, servir y perseverar. Pero hace todo eso mirando a Dios, no a la propia fuerza. El justo vive por la fe porque la vida que viene de Dios no puede ser sostenida solo por disciplina humana. Necesita ser sostenida por la gracia.

3. Abraham creyó a Dios

Para explicar su mensaje, Pablo vuelve a Abraham. Dice que Abraham creyó a Dios, y eso le fue contado por justicia. Esta referencia es fundamental porque muestra que la justificación por la fe no fue una invención posterior. Antes de la ley de Moisés, antes de la circuncisión como señal del pacto, antes del sistema legal de Israel, Abraham fue considerado justo porque creyó.

Abraham es ejemplo de fe porque oyó a Dios y caminó sin tener todas las respuestas visibles. Salió de su tierra, siguió una promesa, esperó contra esperanza y confió en el carácter de Aquel que prometió. La fe es exactamente eso: confiar en Dios antes de ver todo resuelto.

Pablo muestra que los verdaderos hijos de Abraham son los que tienen fe. Esto ampliaba la comprensión de los gálatas. Pertenecer al pueblo de Dios no se definía

solo por descendencia natural o señal exterior, sino por la fe en la promesa que se cumple en Cristo.

4. En Abraham serían bendecidos todos los pueblos

La Escritura anunció de antemano el evangelio a Abraham cuando dijo que en él serían bendecidos todos los pueblos. Esto revela que el plan de Dios siempre fue mayor que una nación aislada. Dios formó a Israel con propósito, pero su promesa apuntaba a la bendición alcanzando a las naciones.

En Cristo, esa promesa se abre plenamente. La bendición de Abraham llega a los gentiles, no porque se vuelvan judíos por señales externas, sino porque creen en el Mesías prometido. La fe une a personas diferentes bajo la misma gracia.

Esto nos ayuda a ver la misión cristiana. El evangelio no es propiedad de una cultura, idioma o grupo religioso. La promesa de Dios apunta a pueblos, lenguas, familias e historias diferentes siendo alcanzados por la gracia. En Cristo, la bendición prometida se vuelve invitación universal.

5. La maldición de la ley y la incapacidad humana

Pablo es realista acerca de la ley. Afirma que todos los que dependen de las obras de la ley están bajo maldición, porque está escrito que maldito es todo aquel que no permanece en todas las cosas escritas en el libro de la ley para hacerlas. La ley exige totalidad. No basta cumplir parte. No basta casi lograrlo. La justicia basada en la ley exigiría obediencia perfecta.

Esta verdad revela nuestra incapacidad. ¿Quién podría cumplir toda la ley sin fallar? ¿Quién podría presentar a Dios una vida sin pecado, sin orgullo, sin egoísmo, sin omisión, sin mentira, sin dureza de corazón? La ley muestra la santidad de Dios, pero también expone la pobreza del corazón humano.

Por eso, la ley no puede ser el camino de la justificación. Muestra el problema, pero no cura la raíz. Revela el pecado, pero no quita la culpa. Señala la necesidad de salvación, pero no entrega la salvación en sí misma. Para eso necesitamos a Cristo.

6. Cristo nos rescató de la maldición

El corazón del capítulo brilla cuando Pablo declara que Cristo nos rescató de la maldición de la ley, haciéndose maldición por nosotros. Jesús tomó sobre sí lo que era nuestro. Entró en el lugar de los culpables para que los culpables pudieran recibir la bendición por la fe.

Esta es una de las expresiones más fuertes de la gracia. Cristo no nos rescató solo dando un ejemplo moral. Cargó la condenación. En la cruz, Aquel que no tenía pecado se entregó por los pecadores. El Bendito asumió la maldición para abrir el camino de la bendición.

Esta verdad debe producir humildad profunda. No fuimos salvos porque éramos más capaces, más religiosos o más dignos. Fuimos salvos porque Cristo nos amó y se entregó por nosotros. La cruz destruye la arrogancia espiritual y sostiene la gratitud.

7. La promesa es mayor que la ley

Pablo muestra que la promesa hecha a Abraham no fue anulada por la ley que vino siglos después. Un pacto confirmado por Dios no puede ser revocado por algo posterior. Si la herencia dependiera de la ley, ya no dependería de la promesa. Pero Dios concedió la herencia gratuitamente a Abraham por medio de la promesa.

Este argumento es importante porque coloca la historia de la salvación en su eje correcto. La ley tuvo su papel, pero no sustituyó la promesa. La promesa apunta a Cristo, el descendiente de Abraham. En Él, la bendición prometida se cumple.

Cuando olvidamos la promesa, transformamos la fe en sistema de control. Cuando recordamos la promesa, descansamos en la fidelidad de Dios. La salvación no está apoyada en la inestabilidad de nuestro desempeño, sino en la palabra firme del Dios que prometió y cumplió en Jesús.

8. ¿Para qué sirvió la ley?

Pablo no desprecia la ley. Pregunta entonces para qué fue dada. La respuesta es que fue añadida a causa de las transgresiones, hasta que viniera el descendiente a quien había sido hecha la promesa. La ley reveló el pecado, puso límites, expuso la necesidad de redención y condujo al pueblo hasta Cristo.

Luego Pablo usa la imagen del guardián. Antes de que viniera la fe en su plena revelación, estábamos bajo tutela. La ley fue nuestro guardián para conducirnos a

Cristo, a fin de que fuéramos justificados por la fe. Pero ahora que vino la fe, ya no estamos subordinados al guardián.

Esto no significa que Dios cambió de carácter. Significa que la etapa preparatoria cumplió su papel. La ley apuntaba a la necesidad de Cristo; Cristo vino y trajo la plenitud de la promesa. El guardián no es el destino final. El destino es el Hijo.

9. Hijos de Dios mediante la fe en Cristo

El capítulo llega a una afirmación gloriosa: todos son hijos de Dios mediante la fe en Cristo Jesús. La identidad del cristiano no nace de la ley, del mérito, de la etnia, de la posición social o de la apariencia. Nace de la unión con Cristo.

Pablo dice que todos los que fueron bautizados en Cristo se revistieron de Cristo. Esto apunta a una nueva identidad. El discípulo no viste solo una religión externa; pertenece al Señor. Su vida está cubierta por la gracia, marcada por la fe y llamada a reflejar el carácter de Jesús.

Esta filiación cambia la forma en que vemos a Dios y a nosotros mismos. Dios no es solo un juez distante para quien pertenece a Cristo. Es Padre. Y el cristiano no es un huérfano intentando probar su valor. Es hijo, recibido por la fe, sostenido por la gracia y llamado a vivir en obediencia amorosa.

10. Uno en Cristo Jesús

Pablo declara que no hay judío ni griego, esclavo ni libre, hombre ni mujer, porque todos son uno en Cristo Jesús. Esto no borra las diferencias creadas por Dios ni las historias particulares de cada persona. Pero elimina toda pretensión de superioridad delante de la salvación.

En Cristo, nadie tiene acceso privilegiado por etnia, condición social o género. Todos entran por la misma puerta: la fe. Todos dependen de la misma gracia. Todos necesitan la misma cruz. Todos reciben la misma promesa.

Esta verdad debe transformar la comunión cristiana. La iglesia no es lugar para competencia de importancia, sino para unidad en Cristo. Si todos fuimos recibidos por gracia, no podemos tratar a los hermanos como inferiores por criterios que Cristo derribó.

11. Herederos según la promesa

El capítulo termina afirmando que, si somos de Cristo, entonces somos descendencia de Abraham y herederos según la promesa. Esta frase une todo el argumento. La verdadera herencia no viene por la autosuficiencia, sino por pertenecer a Cristo.

Ser heredero según la promesa significa vivir con esperanza. Dios cumple lo que promete. Prometió bendición a Abraham, la cumplió en Cristo y sigue reuniendo hijos por la fe. La historia no está suelta. La vida del creyente está insertada en una promesa mayor que comenzó antes de él y continuará hasta la consumación del Reino.

Por eso, Gálatas 3 nos invita a vivir por la fe. No una fe vaga, sino fe en Cristo. No una fe que desprecia la obediencia, sino una fe que produce obediencia a partir del amor. No una fe orgullosa, sino una fe humilde que reconoce que todo viene de la gracia.

Lo que Gálatas 3 revela sobre Dios

Gálatas 3 revela que Dios es fiel a su promesa. Lo que Él anunció a Abraham no fue anulado por la ley ni por el tiempo. En Cristo, Dios cumplió su palabra y abrió la bendición de la salvación para todos los que creen.

También revela que Dios es misericordioso y justo. No ignora el pecado, sino que provee redención. Cristo asumió la maldición para que recibiéramos la bendición. El Padre concede el Espíritu, justifica por la fe y hace de pecadores hijos amados en Cristo.

Lo que Gálatas 3 enseña para hoy

Gálatas 3 enseña que no debemos comenzar por la gracia y después intentar vivir por autosuficiencia. Toda la vida cristiana es sostenida por la fe, por la obra de Cristo y por la presencia del Espíritu Santo.

También enseña que la ley no puede ocupar el lugar de Cristo. Las reglas pueden señalar límites, revelar pecados y orientar, pero solo Jesús salva, justifica, libera y da identidad de hijos. El cristiano vive por la fe y obedece como fruto de la gracia recibida.

Preguntas para reflexión

1. ¿He intentado perfeccionar por la fuerza de la carne lo que Dios comenzó por el Espíritu? 2. ¿Mi confianza delante de Dios está en la fe en Cristo o en mi desempeño religioso? 3. ¿Qué me enseña la historia de Abraham sobre confiar antes de ver? 4. ¿He comprendido la gravedad de la maldición que Cristo tomó en mi lugar? 5. ¿Mi identidad está afirmada en ser hijo de Dios en Cristo o en etiquetas humanas?

Frase de cierre del capítulo

El justo no vive intentando probar su valor por la ley, sino descansando en la promesa cumplida en Cristo y caminando por la fe en el poder del Espíritu.

Mira: <https://godmakes.com/s/book-ac268dd8-es>

Gálatas 4: Hijos de la promesa, libres en Cristo

Texto base: Gálatas 4 **Tema central:** Pablo muestra que Cristo nos liberó de la tutela de la ley para hacernos hijos, herederos y participantes de la promesa de Dios. **Verdad principal:** En Cristo, ya no somos esclavos de sistemas, miedo o culpa; somos hijos adoptados por el Padre, revestidos de gracia y llamados a vivir como herederos de la promesa.



1. La diferencia entre ser heredero y vivir como esclavo

Gálatas 4 comienza con una imagen sencilla y profunda. Pablo habla de un heredero que, mientras todavía es niño, no difiere mucho de un siervo. Aunque todo le pertenece por derecho, permanece bajo tutores y administradores hasta el tiempo señalado por el padre. La herencia es suya, pero aún no la disfruta con madurez y libertad.

Esta imagen explica la condición espiritual del pueblo antes de la plenitud de la revelación en Cristo. La ley funcionaba como una tutela. Marcaba límites, revelaba el pecado, disciplinaba y preparaba el camino. Pero no era el destino final. Dios no quería formar solamente siervos controlados por reglas externas. Su propósito era conducir a las personas a la filiación, a la intimidad y a la libertad de los hijos.

Esta distinción sigue siendo esencial. Es posible vivir cerca de las cosas de Dios con mentalidad de esclavo, movido por el miedo, la culpa, la comparación y el intento de merecer aceptación. Pero el evangelio anuncia algo mayor: en Cristo, Dios no solo nos corrige; nos recibe como hijos.

2. En la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo

Pablo declara que, cuando vino la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para redimir a los que estaban bajo la ley. Esta expresión revela que la venida de Jesús no fue improvisada. Cristo vino en el tiempo determinado por el Padre, dentro de la historia, asumiendo nuestra humanidad y entrando en el lugar donde estábamos.

Jesús nació bajo la ley para cumplir lo que nosotros no podíamos cumplir. Entró en la condición humana sin pecado, vivió en perfecta obediencia y cargó el peso de nuestra redención. La ley mostraba la santidad de Dios y la incapacidad humana; Cristo vino a revelar la gracia de Dios y a abrir el camino de la adopción.

El objetivo no era solo sacar a las personas de la condenación. Pablo dice que Cristo vino para que recibiéramos la adopción de hijos. La salvación no es solamente perdón legal; es relación restaurada. Dios no nos deja absueltos fuera de la casa. Nos llama adentro y nos da el derecho de llamar Padre al Dios santo.

3. El Espíritu que clama Abba, Padre

La filiación no es una teoría fría. Pablo afirma que, porque somos hijos, Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama Abba, Padre. La obra de Cristo nos reconcilia con Dios, y el Espíritu Santo da testimonio dentro de nosotros de esta nueva identidad.

Abba comunica cercanía, confianza y pertenencia. El cristiano no se acerca a Dios solamente como acusado ante un tribunal, sino como hijo delante del Padre. Esto no elimina la reverencia; al contrario, la hace más profunda, porque ahora nace del amor y no solo del miedo.

Cuando el Espíritu nos enseña a clamar al Padre, también confronta las mentiras de la esclavitud. La culpa dice que no podemos acercarnos. El miedo dice que seremos rechazados. El orgullo dice que debemos demostrar nuestro valor. Pero el

Espíritu señala a Cristo y nos recuerda: si estamos en Él, somos hijos, y si somos hijos, somos herederos por Dios.

4. No volver a los rudimentos débiles y pobres

Después de anunciar la grandeza de la adopción, Pablo se entristece al ver que los gálatas quieren volver a la esclavitud. Habían conocido a Dios o, como Pablo lo expresa de manera aún más profunda, habían sido conocidos por Dios. Sin embargo, estaban siendo tentados a regresar a principios débiles y pobres, convirtiendo días, meses, tiempos y años en fundamento de aceptación espiritual.

El problema no era la existencia de prácticas, fechas o costumbres en sí mismas. El problema era cuando esas cosas comenzaban a ocupar el lugar de la gracia. Lo que debía ser señal, disciplina o memoria podía convertirse en prisión cuando era usado como condición para pertenecer a Dios.

Esta tentación continúa presente. Al corazón humano le gusta construir sistemas que dan sensación de control. Podemos cambiar la dependencia de Cristo por reglas externas, costumbres, apariencias religiosas o tradiciones que miden el valor de las personas. Pablo llama a esto volver a la esclavitud. Quienes fueron liberados por Cristo no deben someterse de nuevo a un yugo que Él ya venció.

5. El dolor pastoral de Pablo

Pablo no escribe como un debatidor frío. Escribe como padre espiritual. Recuerda a los gálatas cómo lo recibieron al principio, aun en debilidad. Lo acogieron con amor, como mensajero de Dios, y mostraron una profunda disposición a ayudarlo. Ahora, sin embargo, por decir la verdad, Pablo parecía haberse convertido en su enemigo.

Este es uno de los dolores más difíciles del ministerio: cuando la verdad, dicha con amor, se confunde con hostilidad. Pablo no quería controlar a los gálatas. Quería protegerlos de falsos maestros que tenían celo, pero no según la verdad. El celo equivocado puede parecer intenso, religioso y convincente, pero su fruto es atar a las personas a hombres, sistemas y orgullo espiritual.

La pregunta de Pablo sigue viva: ¿alguien se convierte en nuestro enemigo por decirnos la verdad? El amor cristiano no es solo consuelo; también es corrección.

La gracia que salva también nos llama de regreso cuando nos alejamos de la libertad de Cristo.

6. Hasta que Cristo sea formado en nosotros

Una de las frases más hermosas del capítulo aparece cuando Pablo dice: hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros. El objetivo de la vida cristiana no es solo conocer argumentos correctos, sino que Cristo sea formado en el interior.

Cristo formado en nosotros significa que el evangelio deja de ser solo información y se convierte en vida. Significa que la gracia cambia la conciencia, los deseos, las reacciones, las decisiones y la manera de relacionarnos con Dios y con las personas. La libertad cristiana no es independencia para hacer cualquier cosa; es transformación para vivir como hijos.

Pablo sufre porque sabe que una iglesia puede haber comenzado bien y aun así perderse en confusión espiritual. Por eso no se conforma con la apariencia religiosa. Desea ver a Cristo tomando forma en el carácter de los gálatas. Este también debe ser nuestro deseo: no solo hablar de Jesús, sino ser moldeados por Él.

7. Agar y Sara: carne y promesa

En la segunda parte del capítulo, Pablo usa la historia de Abraham, Agar y Sara como una alegoría para explicar dos caminos. Ismael nació según la carne, por medio de la esclava. Isaac nació según la promesa, por medio de la mujer libre. Pablo no está simplemente contando una historia familiar; está mostrando dos formas de intentar relacionarse con Dios.

El camino de la carne intenta producir por fuerza humana aquello que solo Dios puede cumplir por la promesa. Es el camino del control, la prisa, el mérito y el intento de alcanzar la bendición por esfuerzo propio. El camino de la promesa descansa en la fidelidad de Dios. No elimina la obediencia, pero coloca la obediencia como respuesta a la gracia, no como raíz de la salvación.

Los gálatas estaban siendo tentados a vivir como hijos de la esclava, atrapados en un sistema que producía miedo y competencia. Pablo los llama a recordar que, en

Cristo, pertenecen a la promesa. Su identidad no viene de la carne, de la ley ni de señales externas. Viene del Dios que prometió y cumplió en Jesús.

8. La Jerusalén de arriba es libre

Pablo contrasta la Jerusalén actual, asociada a la esclavitud, con la Jerusalén de arriba, que es libre. Esta imagen apunta a una realidad espiritual mayor. El pueblo de Dios no se define solamente por geografía, tradición o sistema religioso, sino por la promesa que viene de lo alto.

La Jerusalén de arriba habla de la libertad que nace de la obra de Dios. Es el lugar de la promesa, de la vida en el Espíritu, de la nueva creación y de la esperanza que no depende de la capacidad humana. Quien pertenece a Cristo pertenece a esta realidad libre, aunque viva en el mundo con luchas, tentaciones y presiones.

Por eso, la libertad cristiana debe ser guardada. No es una libertad superficial, sino profunda: libertad de la condenación, del intento de comprar el amor de Dios, de la esclavitud del pecado, de la culpa que paraliza y de la religión que sustituye la relación por desempeño.

9. Revestidos de Cristo para estar delante del Padre

La reflexión del capítulo nos lleva a una imagen poderosa: desde el Edén, el pecado trajo vergüenza, miedo y el deseo de esconderse. Adán y Eva intentaron cubrirse con hojas, pero solo Dios pudo proveer una cobertura adecuada. Esta imagen nos ayuda a entender lo que significa ser revestidos de Cristo.

En Cristo, no nos presentamos delante de Dios cubiertos por nuestros propios intentos. Somos cubiertos por la justicia del Hijo, purificados por su sangre y recibidos por la misericordia del Padre. Ser revestidos de Cristo elimina la lógica de la culpa como palabra final. Podemos acercarnos a Dios sin huir, sin fingir y sin fabricar nuestra propia justicia.

Esta es la alegría de los hijos de la promesa. Ya no somos definidos por la antigua esclavitud. Ya no pertenecemos a la condenación. Por la fe, recibimos acceso al Padre, vida en el Espíritu e identidad de hijos. El llamado ahora es vivir de acuerdo con esta verdad: libres, agradecidos, humildes y firmes en Cristo.

Lo que Gálatas 4 revela sobre Dios

Gálatas 4 revela que Dios es Padre que cumple sus promesas en el tiempo correcto. Envío a su Hijo para redimir a los que estaban bajo la ley y envió el Espíritu a los corazones de sus hijos. Dios no desea solo siervos asustados; Él forma una familia redimida, libre y heredera en Cristo.

También revela que Dios conoce a los suyos. Antes de que lo conociéramos plenamente, fuimos alcanzados por su iniciativa. La salvación nace de la gracia de Dios, no de la fuerza humana. Él libera, adopta, enseña, corrige y conduce a sus hijos hacia la madurez.

Lo que Gálatas 4 enseña para hoy

Este capítulo nos enseña a no volver a aquello de lo que Cristo ya nos liberó. La vida cristiana no debe construirse sobre miedo, culpa, apariencia religiosa o intento de merecer el amor de Dios. Fuimos llamados a vivir como hijos, no como esclavos.

También nos enseña que la libertad debe ser protegida por la verdad. No todo celo religioso viene de Dios. Necesitamos discernir si una práctica nos acerca a Cristo o nos ata a sistemas de orgullo y control. El evangelio verdadero forma a Cristo en nosotros y nos conduce a una obediencia que nace de la fe y del amor.

Preguntas para reflexión

1. ¿He vivido delante de Dios con mentalidad de hijo o de esclavo? 2. ¿Existe alguna práctica, miedo o culpa intentando ocupar el lugar de la gracia de Cristo en mi vida? 3. ¿En qué áreas todavía intento producir por la fuerza de la carne lo que Dios quiere formar por la promesa? 4. ¿Cristo está siendo formado en mis actitudes, decisiones y relaciones? 5. ¿He permitido que el Espíritu me conduzca a clamar Abba, Padre con confianza y reverencia?

Frase de cierre del capítulo

En Cristo, dejamos la esclavitud de la carne y de la ley para vivir como hijos de la promesa, libres para llamar a Dios Padre y caminar como herederos de la gracia.

Mira: <https://godmakes.com/s/book-e8fdb775-es>

Gálatas 5: La libertad que sirve en amor y camina por el Espíritu

Texto base: Gálatas 5 **Tema central:** Pablo llama a los cristianos a permanecer firmes en la libertad que Cristo conquistó, rechazando tanto el yugo de la ley como la falsa libertad de la carne, y aprendiendo a vivir por el Espíritu. **Verdad principal:** Cristo nos liberó para una vida nueva: no para servir al pecado, sino para servirnos unos a otros en amor y producir el fruto del Espíritu.



1. La libertad con que Cristo nos liberó

Gálatas 5 comienza con una afirmación poderosa: para libertad Cristo nos hizo libres. Pablo no presenta la libertad cristiana como una idea vaga ni como independencia de Dios. Habla de una libertad comprada por Cristo, fundada en la cruz y sostenida por la gracia.

Esa libertad debía ser preservada. Los gálatas estaban siendo presionados a volver a un yugo de esclavitud, como si la fe en Jesús necesitara completarse con señales externas, méritos religiosos u observancias que garantizaran aceptación delante de Dios. Pablo habla con firmeza porque sabía que añadir exigencias humanas al evangelio quitaba a Cristo del centro.

La libertad cristiana no es autonomía orgullosa. No significa vivir como si nadie gobernara el corazón. Es la libertad de quienes salieron del dominio del pecado, dejaron de intentar justificarse por sus propias fuerzas y ahora pertenecen a Dios. Cristo nos liberó del yugo que nos sujetaba, no para vivir sin dirección, sino para caminar con Dios.

2. No volver al yugo de la esclavitud

Pablo advierte que quien busca ser justificado por la ley se coloca nuevamente bajo la obligación de cumplir toda la ley. El problema no era solamente un rito externo. El problema era cambiar la suficiencia de Cristo por un sistema de mérito. Quien intenta apoyarse en la ley como camino de justificación se aparta de la gracia.

Esta sigue siendo una advertencia necesaria. Al corazón humano le gusta medir, comparar, controlar y crear señales visibles de superioridad espiritual. A veces una persona ya recibió la gracia, pero vive como si necesitara demostrar cada día que merece ser aceptada por Dios. Esa manera de vivir puede parecer celosa, pero puede esconder miedo, orgullo y falta de descanso en la obra de Jesús.

La gracia no debilita la santidad. Cambia el fundamento de la santidad. No obedecemos para comprar el amor de Dios; obedecemos porque hemos sido amados, comprados y liberados. Quien fue alcanzado por Cristo no vuelve al Egipto espiritual ni cambia la vida de hijo por la prisión de intentar merecer lo que solo puede recibirse por la fe.

3. La fe que actúa por el amor

Después de mostrar que ni la circuncisión ni la incircuncisión tienen valor como fundamento de salvación, Pablo presenta una expresión preciosa: la fe que actúa por el amor. Esta frase muestra el equilibrio del evangelio. La fe no es desempeño religioso, pero tampoco es pasividad sin fruto. La fe verdadera se mueve, se expresa, sirve y ama.

El amor es el camino por el cual la libertad se vuelve visible. Una persona puede hablar mucho de gracia y seguir viviendo centrada en sí misma. Pero la gracia recibida de verdad abre el corazón hacia el prójimo. La libertad cristiana no crea personas indiferentes; forma siervos libres.

Por eso Pablo dice que toda la ley se cumple en una palabra: amar al prójimo como a uno mismo. El evangelio no nos lleva a despreciar la voluntad de Dios. Nos conduce al corazón de la voluntad de Dios. Lo que la ley ordenaba exteriormente, el Espíritu empieza a producir interiormente. La obediencia deja de ser solo presión y pasa a ser fruto de un corazón transformado.

4. Libertad no es libertinaje

Pablo hace una distinción esencial: fuimos llamados a libertad, pero no debemos usar esa libertad como ocasión para la carne. La libertad cristiana puede ser mal entendida cuando alguien la transforma en permiso para vivir de cualquier manera. Pero la gracia que salva también enseña, corrige y guía.

La falsa libertad dice: hago lo que quiero. La libertad en Cristo dice: ahora puedo hacer lo que agrada a Dios. Antes, el corazón era esclavo de deseos, impulsos, apariencia, aprobación humana y pecado. Ahora, en Cristo, existe una nueva posibilidad: vivir por el Espíritu, escoger el amor, resistir a la carne y servir sin ser dominado por el ego.

Por eso la vida cristiana no es libertinaje. Es libertad santa. Es la libertad de quien ya no necesita obedecer al pecado. Es la libertad de perdonar, servir, amar, callar cuando es necesario, hablar cuando Dios conduce, dominarse a sí mismo y buscar lo que edifica. Quien fue liberado por Cristo no recibió una excusa para perderse, sino un camino para vivir de forma nueva.

5. Servirnos unos a otros por amor

Hay una belleza profunda en la manera como Pablo une libertad y servicio. Para el mundo, libertad muchas veces significa no deber nada a nadie. Para Cristo, libertad significa no ser más esclavo del pecado y, por eso, estar libre para amar. La persona libre en Cristo ya no necesita vivir defendiendo su orgullo. Puede entregarse.

Pablo advierte que, si los hermanos se muerden y se devoran unos a otros, acabarán destruyéndose mutuamente. Esto muestra que la carne no se manifiesta solo en pecados escandalosos. También aparece en divisiones, rivalidades, palabras duras, envidia, irritación, competencia y deseo de superioridad.

La iglesia necesita la libertad del amor. Sin amor, incluso el celo doctrinal puede convertirse en instrumento de destrucción. Sin el Espíritu, incluso la defensa de la verdad puede contaminarse de orgullo. Pero cuando Cristo gobierna, la libertad se expresa en cuidado, paciencia, servicio y comunión. El amor no es debilidad; es el cumplimiento de la voluntad de Dios en la relación con el prójimo.

6. La lucha entre la carne y el Espíritu

Pablo describe una batalla interior: la carne lucha contra el Espíritu, y el Espíritu contra la carne. El cristiano no debe sorprenderse por esta tensión. La nueva vida en Cristo no elimina automáticamente toda inclinación equivocada, pero inaugura una nueva dirección. Antes, la carne gobernaba. Ahora, el Espíritu llama, convence, fortalece y conduce.

Vivir por el Espíritu es más que evitar errores externos. Es permitir que Dios gobierne deseos, pensamientos, reacciones y decisiones. Muchas veces una persona piensa que el pecado se resume en comportamientos visibles, pero la carne también se revela en maldad guardada, resentimiento, soberbia, manipulación, envidia, descontrol y falta de amor.

Por eso Pablo no dice solamente que controlemos la carne por fuerza humana. Dice: anden por el Espíritu. La victoria cristiana no nace de la autosuficiencia, sino de la dependencia. Necesitamos buscar al Espíritu, escuchar la Palabra, permanecer sensibles a la voz de Dios y permitir que Él nos redirija. Donde el Espíritu conduce, la carne pierde dominio.

7. Las obras de la carne y el fruto del Espíritu

Pablo contrasta las obras de la carne con el fruto del Espíritu. Las obras de la carne son muchas y fragmentadas: inmoralidad, impureza, idolatría, hechicería, enemistades, celos, iras, contiendas, divisiones, envidias, borracheras y cosas semejantes. Revelan un corazón gobernado por deseos desordenados y por un yo que no se rinde a Dios.

El fruto del Espíritu, sin embargo, aparece como una vida integrada: amor, alegría, paz, paciencia, benignidad, bondad, fidelidad, mansedumbre y dominio propio. Este fruto no se fabrica con apariencia religiosa. Nace de la presencia del Espíritu en una vida entregada a Cristo.

Es importante notar que Pablo habla de fruto, no solo de esfuerzo. El fruto crece donde hay vida. Madura con permanencia, poda, cuidado y dependencia. La persona que camina con Dios puede no estar completa en todo, pero empieza a llevar señales de la vida de Cristo. El amor reemplaza la dureza. La alegría resiste las circunstancias. La paz guarda el corazón. La paciencia vence la prisa. La mansedumbre sostiene la fuerza. El dominio propio permite que Cristo aparezca más que el ego.

8. Crucificar la carne y seguir la dirección del Espíritu

Pablo afirma que los que pertenecen a Cristo crucificaron la carne con sus pasiones y deseos. Este lenguaje es fuerte porque la vida cristiana no es solo ajuste de comportamiento. Es muerte y resurrección. Aquello que antes dominaba el corazón debe ser llevado a la cruz.

Crucificar la carne no significa negar la humanidad, sino negar el gobierno del pecado. Significa reconocer que ciertos deseos no pueden ser alimentados, ciertas actitudes no pueden ser justificadas y ciertas prácticas no combinan con quienes ahora pertenecen a Cristo. La cruz no solo nos perdona; también nos llama a una nueva forma de vivir.

Por eso Pablo termina diciendo que, si vivimos por el Espíritu, también debemos andar por el Espíritu. La fe cristiana debe salir de la declaración y llegar a los pasos. No basta afirmar que el Espíritu da vida; es necesario seguir su dirección en todas las áreas: familia, trabajo, iglesia, palabras, decisiones, conflictos, tentaciones y servicio.

9. La humildad de quien vive por gracia

El capítulo termina alertando contra el orgullo, la provocación y la envidia. Esto es muy significativo. Después de hablar de libertad, ley, carne, Espíritu y fruto, Pablo toca la manera como nos relacionamos. Una persona puede conocer la doctrina correcta y aun así volverse vanidosa. Puede hablar de libertad y aun así provocar a los hermanos. Puede defender la santidad y aun así envidiar el camino de otro.

La verdadera vida en el Espíritu nos vuelve humildes. Nos enseña que no somos el centro. Cada persona tiene un llamado, una función, una manera de servir y una medida de gracia recibida de Dios. Lo importante no es llamar la atención hacia nosotros mismos, sino permitir que Cristo aparezca.

Esa humildad también se expresa en el apego a la Palabra. El cristiano maduro no vive solo de opinión. Pregunta: ¿qué dicen las Escrituras? Busca discernimiento, oración, sabiduría y sumisión. La libertad cristiana no desprecia la Biblia; al contrario, encuentra en ella dirección para vivir de manera digna del evangelio.

Lo que Gálatas 5 revela sobre Dios

Gálatas 5 revela que Dios es libertador. Él no nos llama a una esclavitud religiosa ni a una vida dominada por el pecado. En Cristo, rompe el yugo, justifica por la fe y nos conduce a una libertad santa.

También revela que Dios actúa por el Espíritu. El Señor no solo nos perdona desde afuera; trabaja dentro de nosotros, produciendo fruto, formando carácter, guiando decisiones y haciendo visible a Cristo en nuestra vida diaria.

Lo que Gálatas 5 enseña para hoy

Gálatas 5 enseña que necesitamos permanecer firmes en la gracia. No debemos cambiar la libertad de Cristo por sistemas de mérito, culpa, apariencia o comparación religiosa.

También enseña que la libertad cristiana no es licencia para la carne. Fuimos liberados para amar, servir, andar por el Espíritu y vivir una transformación real, visible en la manera como tratamos a Dios, al prójimo y a nosotros mismos.

Preguntas para reflexión

1. ¿He vivido en la libertad de Cristo o todavía intento probar mi valor por desempeño religioso? 2. ¿Mi libertad ha producido amor y servicio o ha sido usada como excusa para la carne? 3. ¿Qué obras de la carne necesito llevar con seriedad a la cruz? 4. ¿Qué aspecto del fruto del Espíritu necesita madurar más en mí en este tiempo? 5. ¿Mis palabras y actitudes han promovido comunión o han mordido y devorado a personas a mi alrededor? 6. ¿He buscado la dirección del Espíritu en las áreas prácticas de mi vida?

Frase de cierre del capítulo

La libertad que Cristo nos dio no nos lleva de regreso al pecado, sino que nos conduce por el Espíritu al amor, al servicio y al fruto de una vida transformada por la gracia.

Mira: <https://godmakes.com/s/book-b7ea150f-es>

Gálatas 6: La ley de Cristo, la siembra del Espíritu y la gloria de la cruz

Texto base: Gálatas 6 **Tema central:** Pablo cierra la carta mostrando que la libertad en Cristo se expresa en restauración, mansedumbre, responsabilidad, siembra espiritual, perseverancia en el bien y gloria solamente en la cruz. **Verdad principal:** Quien fue liberado por Cristo no vive para la vanidad de la carne, sino que lleva cargas en amor, siembra para el Espíritu y se gloria solo en la cruz que nos hace nueva creación.



1. La libertad que cuida de los heridos

Gálatas 6 muestra el fruto práctico de todo lo que Pablo enseñó a lo largo de la carta. Después de hablar de la gracia, la fe, la libertad y el fruto del Espíritu, ahora muestra cómo esa vida se manifiesta dentro de la comunidad cristiana. La libertad en Cristo no produce personas indiferentes; forma hermanos capaces de mirar al que cayó con misericordia, verdad y mansedumbre.

Pablo dice que, si alguien es sorprendido en alguna falta, los espirituales deben restaurarlo con espíritu de mansedumbre. No habla de exposición, humillación o desprecio. Habla de restauración. El objetivo no es probar que alguien es mejor, ni

convertir la caída del hermano en motivo de superioridad. El objetivo es ayudar al que fue vencido a volver al camino correcto.

Esto revela una necesidad urgente de la iglesia: no abandonar a los heridos en el camino. Muchas veces sabemos evangelizar a los de afuera, pero tenemos dificultad para buscar a los que se alejaron, tropezaron, se enfriaron o fueron heridos. Pablo nos llama a un amor que no sea fingido, un amor que no exista solo mientras la persona está cerca, es útil o está activa. El amor de Cristo permanece, busca, llama, visita, conversa e intenta restaurar.

2. Restaurar con mansedumbre y vigilancia

La restauración debe hacerse con mansedumbre. Mansedumbre no es debilidad. Es fuerza gobernada por el Espíritu. Es la capacidad de tratar la verdad sin brutalidad, corregir sin destruir y acercarse sin ser cómplice del pecado. El mismo Espíritu que produce santidad también produce mansedumbre.

Pablo añade: cuídate, no sea que tú también seas tentado. Esta advertencia nos protege del orgullo. Cuando miramos a alguien que cayó, podemos imaginar que eso jamás nos pasaría a nosotros. Pero la Escritura muestra que grandes siervos de Dios también enfrentaron debilidades, caídas, impulsos equivocados, conflictos y arrepentimientos. Nadie está por encima de la necesidad de la gracia.

Restaurar con mansedumbre exige un corazón quebrantado. Quien corrige sin amor puede herir más de lo que sana. Quien corrige para sentirse superior está sembrando para la carne. Pero quien se acerca guiado por el Espíritu busca el bien del alma, ora antes de hablar, escoge el momento correcto y desea que Cristo sea formado nuevamente en esa vida.

3. Llevar las cargas unos de otros

Pablo declara: llevad los unos las cargas de los otros, y así cumpliréis la ley de Cristo. Esta frase resume el corazón práctico del evangelio. La ley de Cristo no es un sistema de vanidad religiosa; es el mandamiento del amor vivido con peso real. Amar no es solo sentir compasión. Es ayudar a cargar.

Llevar cargas implica tiempo, paciencia, presencia y renuncia. A veces significa escuchar a alguien cansado. A veces significa corregir con cuidado. A veces

significa sostener en oración, ayudar materialmente, visitar a una persona olvidada o simplemente recordarle a alguien que todavía hay esperanza en Cristo. Al mismo tiempo, Pablo enseña que cada uno examine su propia obra y lleve su propia carga. Hay cargas que debemos ayudarnos a llevar, pero hay responsabilidades que nadie puede asumir por nosotros. La madurez cristiana une estas dos verdades: no vivimos solos, pero tampoco transferimos nuestra responsabilidad espiritual a otros.

4. El peligro de creerse demasiado importante

Pablo advierte que, si alguien piensa ser algo cuando no es nada, se engaña a sí mismo. El orgullo es uno de los mayores enemigos de la restauración. Nos impide ayudar con amor porque transforma la caída del otro en comparación. El corazón orgulloso dice: yo no haría eso; soy más fuerte; soy más espiritual.

Pero el evangelio destruye esa ilusión. Todos dependemos de la gracia. Todos necesitamos al Espíritu. Todos cargamos fragilidades que Dios conoce. Cuando esta verdad entra en el corazón, dejamos de tratar al hermano caído como enemigo y empezamos a verlo como alguien por quien Cristo murió.

La humildad también nos libra de la comparación. Pablo enseña que cada uno debe examinar su propia obra, sin vivir midiéndose por los demás. La comparación produce envidia cuando creemos estar detrás, y vanidad cuando creemos estar adelante. El camino de Cristo es otro: fidelidad delante de Dios, servicio sincero y responsabilidad personal.

5. Sembrar para la carne o para el Espíritu

Pablo presenta una ley espiritual simple y profunda: todo lo que el hombre sembrare, eso también segará. Dios no puede ser burlado. Nuestras decisiones tienen dirección, peso y consecuencia. La vida espiritual no se construye solo por grandes decisiones públicas, sino por semillas diarias sembradas en el corazón, la mente, las palabras, las relaciones y las obras.

Quien siembra para la carne cosecha corrupción. Sembrar para la carne es vivir para el ego, la apariencia, la vanidad, la aprobación humana, el resentimiento, el orgullo y los deseos que alejan de Dios. Muchas veces la semilla parece pequeña, pero la cosecha revela su naturaleza.

Quien siembra para el Espíritu cosechará vida eterna. Sembrar para el Espíritu es escoger el camino de Cristo aun cuando nadie ve. Es obedecer por amor, perdonar, servir, orar, permanecer en la Palabra, ayudar sin exponer, corregir con mansedumbre y hacer el bien sin usar la necesidad del otro como vitrina para la propia vanidad.

6. No cansarse de hacer el bien

Pablo dice: no nos cansemos de hacer el bien, porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos. Esta palabra es necesaria porque hacer el bien puede cansar. A veces hay ingratitud. A veces hay demora. A veces ayudamos y no vemos respuesta inmediata. A veces somos malinterpretados justamente cuando intentamos servir.

Pero Pablo nos recuerda que la cosecha pertenece a Dios. No hacemos el bien solo por la reacción de las personas. Lo hacemos porque fuimos alcanzados por la gracia. Un día alguien también miró por nosotros. Un día Cristo nos encontró cuando estábamos perdidos. Un día fuimos objeto de misericordia. Por eso, cuando servimos, estamos sembrando en el Reino.

Mientras tengamos oportunidad, debemos hacer el bien a todos, especialmente a los de la familia de la fe. Esto no significa amar solo a los que están dentro de la iglesia, sino reconocer que la comunidad de la fe debe ser un lugar donde las cargas se comparten, los heridos son cuidados y los hermanos no son descartados cuando pasan por luchas.

7. Servir sin exponer y corregir sin destruir

Una de las aplicaciones más sensibles de este capítulo es la forma en que ayudamos. El bien no debe hacerse para autopromoción. La ayuda al necesitado no debe convertirse en escenario. El dolor del otro no debe usarse como prueba de nuestra generosidad. Hay momentos en que el amor debe ser discreto, silencioso y respetuoso.

Lo mismo vale para la corrección. No toda exhortación necesita ser pública. Hay heridas que se vuelven más profundas cuando se exponen sin necesidad. La verdad debe ser dicha, pero debe ser dicha bajo la dirección del Espíritu Santo, en el momento correcto, con propósito de sanidad, y no como descarga de irritación o demostración de autoridad.

Cristo no nos llamó a dar remedios que matan al paciente. Nos llamó a ser instrumentos de restauración. La iglesia debe ser lugar de verdad, sí, pero también de cuidado. La gracia no esconde el pecado, pero tampoco convierte al pecador en espectáculo. Llama al arrepentimiento y extiende la mano para levantar.

8. La gloria de la cruz contra la vanidad de la carne

En la parte final del capítulo, Pablo vuelve al tema que atraviesa toda la carta: los falsos maestros querían que los gálatas se circuncidaran para gloriarse en la carne y evitar la persecución por causa de la cruz de Cristo. Querían una marca externa que preservara apariencia, influencia y seguridad religiosa.

Pablo responde con una de las declaraciones más profundas de la carta: lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo. La cruz destruye toda vanidad espiritual. En ella no hay espacio para ostentación religiosa, mérito humano u orgullo denominacional. La cruz nos recuerda que fuimos salvos por gracia, porque Cristo entregó su propia vida por nosotros.

Cuando la cruz se vuelve nuestra gloria, el mundo pierde dominio sobre nosotros. Ya no vivimos para impresionar, agradar sistemas o defender apariencias. Vivimos para Cristo. La cruz nos libera de la necesidad de ser vistos y nos conduce al gozo de ser hallados por Dios.

9. Nueva creación y marcas de Jesús

Pablo afirma que ni la circuncisión ni la incircuncisión valen algo, sino una nueva creación. Esta frase cierra la carta con fuerza. El evangelio no se reduce a una señal externa, una tradición o una identidad social. El evangelio crea una nueva realidad. En Cristo, Dios forma un nuevo ser humano.

Ser nueva creación significa que la transformación verdadera sucede de adentro hacia afuera. No es solo cambiar costumbres, lenguaje o apariencia. Es recibir nueva vida, nuevo corazón, nueva dirección y nueva pertenencia. La circuncisión de la carne da lugar a la transformación del corazón.

Pablo termina diciendo que lleva en su cuerpo las marcas de Jesús. No se gloria en señales de estatus, sino en marcas de fidelidad, sufrimiento y pertenencia a Cristo. Esas marcas apuntan a una vida que no busca aplauso, sino fidelidad.

Gálatas termina llamándonos a vivir así: libres por la gracia, guiados por el Espíritu, humildes en el amor y firmes en la cruz.

Lo que Gálatas 6 revela sobre Dios

Gálatas 6 revela que Dios es Padre restaurador, no solo juez que señala fallas. Él desea levantar a los caídos, sanar a los heridos, madurar a su iglesia y formar un pueblo que refleje el carácter de Cristo. Revela también que Dios es justo: lo que sembramos tiene consecuencia. Al mismo tiempo, Él es misericordioso y nos llama a sembrar para el Espíritu, sabiendo que hay cosecha para quienes permanecen haciendo el bien.

El capítulo revela además que Dios no se impresiona con apariencias religiosas. Él busca nueva creación. No mide a sus hijos por marcas externas, sino por la obra de Cristo en el corazón. La gloria de Dios se manifiesta en la cruz, donde toda vanidad humana cae y la gracia triunfa.

Lo que Gálatas 6 enseña para hoy

Gálatas 6 enseña que la iglesia necesita recuperar a sus heridos. No podemos tratar a los hermanos caídos como descartables. Debemos restaurar con mansedumbre, vigilar nuestro propio corazón, llevar cargas y actuar con amor verdadero.

También enseña que nuestras decisiones son semillas. Palabras, actitudes, omisiones, orgullo, generosidad, perdón y servicio producen cosechas. Por eso debemos sembrar para el Espíritu y no desistir de hacer el bien, aunque la respuesta sea lenta o haya ingratitud.

Finalmente, el capítulo enseña que nuestra gloria no está en desempeño, apariencia, tradición o reconocimiento, sino en la cruz de Cristo. La verdadera vida cristiana es nueva creación: una existencia marcada por la gracia, el amor y la fidelidad a Jesús.

Preguntas para reflexión

1. ¿He ayudado a restaurar a los heridos o he dejado hermanos en el camino? 2. Cuando veo a alguien caer, ¿mi corazón responde con mansedumbre o con juicio? 3. ¿Qué tipo de semillas están sembrando mis decisiones diarias: para la carne o para el Espíritu? 4. ¿Me he cansado de hacer el bien por causa de la ingratitud o

de la demora de la cosecha? 5. ¿Mi gloria está realmente en la cruz de Cristo o todavía busco reconocimiento por la apariencia religiosa?

Frase de cierre del capítulo

La libertad que Cristo nos dio se vuelve visible cuando llevamos cargas en amor, sembramos para el Espíritu y encontramos nuestra única gloria en la cruz que nos hizo nueva creación.

Mira: <https://godmakes.com/s/book-b7fc51e3-es>

¡Participa con nosotros!

Únete al grupo de WhatsApp de GodMakes y visita el sitio para seguir las novedades, los estudios bíblicos de cada capítulo y libro de la Biblia, conocer las misiones que apoyamos, contribuir y también leer nuevos libros.

Escanea el código QR para entrar al grupo devocional:



Enlace del grupo devocional de WhatsApp:

http://tiny.cc/devocional_es

Sitio: <https://godmakes.com>